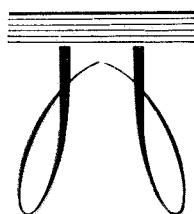


## Los ramos de las novias



**H**A desaparecido completamente la antigua costumbre de pintar ramos en las puertas de las novias la víspera de San Pedro por la noche.

Las mozas se sentían muy halagadas con esto y los novios pasaban unos días ilusionados con los preparativos y la realización de su idea.

Y no digamos de los comentarios, risas y decires picarillos entre mozos y mozas, el día de San Pedro y los siguientes.

Como obra hecha ocultamente y en horas de soledad, se prestaba también a la exteriorización de los rencorcillos pueblerinos, y aun sin ellos, a la simple manifestación de la ordinariez y pésimo gusto del espíritu cafre. Ello dió trabajo a los serenos con órdenes de recoger los botes a los «pintores» pero, al fin cuña de la misma madera, cumplían su misión también burlonamente, con la misma socarronería que se la ordenaba el propio Ezequiel Ortega, pues era difícil que nada ni nadie se sustrajera a aquel ambiente de zumba y segunda intención.

Estaba el «Recental» muy puesto de capa y chuzo, interrogando a un mozo y llegó Desiderio, diciendo que les había quitado los botes a cuatro o seis.

—Toma, y yo se los voy a quitar a éste.

—¿Cómo te llamas, muchacho?

—Perico.

—¿Dónde vives?

—Perico.

—¿Dónde vas con esos botes?

—Perico.

Y de Perico, no hubo quien lo sacara.

La pareja no pensaron que fuera tonto, ni desobediente, ni terco. Le quitaron los botes, lo dejaron y se fueron riendo y comentando.

—¿Qué te parece, el de Perico! ¡No será nadie éste!

Y durante mucho tiempo se rieron

en sus casas, embromando a los nietos con la pregunta y la respuesta.

—¿Cómo te llamas ¿Perico?.

No obstante, el manchar una fachada recién limpia o el hacerlo con sustancias repugnantes, era excepcional, lo corriente era el adorno afiligranado, según el gusto y las posibilidades de cada cual. Además del ramo grande sobre la puerta, pintaban macetas florecidas en las jambas, pájaros o flores sueltas.

Las novias se ponían tan huecas con aquellas demostraciones de cariño, que tenían la particularidad de lo ostentoso, como un grito de amor en medio de la calle, que obligaba a fijarse en él a todo el que pasaba, y unas con otras, las festejadas, se referían la trama íntima de cada ramo y todo el mundo comentaba lo que había en cada puerta y lo que estaba mejor o peor, dando ocupación inocente a la ociosidad lugareña durante unos días y manteniendo encendido el pábilo del amor, que es el sostén del mundo.

—¡Ay, chica, qué ramo te ha ido a echar Meterio!.

—Muchacha, qué risa, cuando me levanté y lo vide, me entró una cosa, que mi madre me lo notó al contaio. Yo no cogía. ¡Bendita ocurrencia! ¡Y qué callao se lo tenía! En mi casa, no dicen na, pero ¿verdad que está mu bien? Mira, yo le voy a comprar ya los pañuelos de la quinta.

—Se lo merece y de todas maneras lo tienes que hacer.

—Pues, eso digo yo; lo que hay que hacer hacerlo cuanto antes. Para qué esperar a luego. Es mejor ahora, que está esto caliente.

Y la noche de aquel día, el santo apóstol patriarcal, San Pedro bendito, ahilándose la barba, pudo seguir considerando la divina profecía:

¡¡Antes que cante el gallo!!...

¡La fé, el amor! ¡Lo divino, lo sublime!

¡Qué cosas, Santo Dios!